

ESTRUCTURA FAMILIAR Y RELACIÓN DE OBJETO

Pedro MICHACA ACEVEDO

La estructura familiar, se ha estudiado a partir de diversas aproximaciones teóricas y con diferentes metodologías. A partir de la antropología, se ha dado énfasis a uno u otro punto del fenómeno: sus características sociales, su interacción sistémica, su estilo de comunicación, su intercambio económico, sus vinculaciones legales, su estructura psicodinámica, por decir unas cuantas.

Este trabajo pretende señalar un aspecto específico: la importancia que tienen en la estructura familiar las relaciones objetales tempranas de sus miembros componentes, como una variable fundamental que explica el comportamiento de la familia en aspectos fundamentales como la crianza de los hijos, la adquisición de la identidad y la trasmisión de los valores culturales de una generación a la que sigue.

El argumento central de este trabajo incide en la importancia que para la comprensión del proceso familia tiene el desarrollo de las estructuras intrasíquicas de sus miembros, la historia de sus relaciones objetales tempranas y las vicisitudes de la internalización de esas relaciones. La familia a veces se sostiene o se rompe no sólo por factores de madurez y flexibilidad o por su ausencia, sino por factores legales, religiosos, sociales, económicos, etcétera. Así, observamos que las parejas alcanzan niveles de estabilidad a partir del interjuego de roles complementarios: activo-pasivo, social-asocial, madura-inmadura, ordenado-caótico, divertido-deprimido, etcétera. Y que el rompimiento de estos roles conduce al conflicto y en ocasiones a la ruptura. Otra variable importante, al menos en nuestro país, que influye en el destino de la familia es la institución social denominada familia extendida. Entre los procesos que tiene que enfrentar la familia para su formación, desarrollo y mantenimiento, son sus relaciones con los familiares de los miembros, ya que usualmente, las parejas se forman emergiendo desde su familia nuclear, clanista, al matrimonio, sin la experiencia de un periodo de vivir solos o experimentar relaciones de pareja menos comprometidas al código cultural. La familia en México, y la institución secundaria: la sociedad, como un todo, se configura sobre la base de una lealtad obligatoria al grupo de pertenencia; en el caso de la familia, lealtad a los valores ideologías y personas que conforman esta unidad, y que se considera más

obligatoria en la mujer y en los hijos y menos obligatoria en el caso del esposo-padre, quien en general tiende a mantener lealtad, hacia su propia familia nuclear. La esposa por lo contrario, se constituye, a partir de los hijos, en una nueva base para constituir otra familia a la cual deben ser leales sus hijos, sobre todo los varones. De este esquema se deduce que toda nueva familia en formación ya carga con el antecedente de que el hombre va a ser leal a su nueva familia mientras esto no interfiera con su lealtad nuclear, al tiempo que exige a su mujer e hijos que sean completamente leales a su nueva familia. Esta situación causa conflictos en la mujer mientras no hay hijos, ya que al tenerlos se inaugura un nuevo ciclo. Y el esquema se repite generación tras generación, ya que buena parte del sentimiento de seguridad y autoestima del mexicano radica en su familia.

¿Qué se entiende por "relaciones de objeto tempranas" en psicoanálisis? Esto requiere de una pequeña explicación, pues, como suele suceder en este campo, el mismo término es utilizado con significados diferentes, según el autor de que se trate y el contexto en el que se utilice. El término "objeto" alude al "otro", a la experiencia de reconocer, de entrar en contacto, de aludir a algo o alguien aparte de nosotros mismos. Dicho en forma simple "objeto" alude, casi siempre, a otra persona, más que a algo inanimado, a una relación o interacción, más que a una manipulación del mundo material. Así, "relación de objeto temprana" significa la forma de interacción entre un sujeto (sí mismo: *self*) y un objeto real o imaginario, en el exterior o el interior.

Lo que complica algo el asunto, es que esta distinción entre *self* y objeto no siempre es clara y tajante, y además es el producto de un proceso de desarrollo psicológico, que puede sufrir arrestos, desviaciones y regresiones en su curso. De hecho durante los primeros meses de vida extrauterina, no hay diferenciación entre el *self* y el objeto, es decir, que el bebé no está en condiciones de discernir si una experiencia determinada ha ocurrido dentro o afuera, si ha sido motivada (causada) por sí mismo o por un otro, y muy al principio de la vida, si la experiencia es placentera o no. Esto implica que la vida empieza en un caos prepsicológico y que la adquisición de conciencia y de individualidad es un asunto de desarrollo que toma los primeros cinco años de vida de los seres humanos. Y tal trabajo ha de ocurrir, necesariamente, en un ámbito externo: la familia en interacción con patrones de conducta, determinadas genéticamente a los que llamamos "impulsos", más que estilos y limitaciones de carácter perceptual, motor y de aprendizaje, que en psicoanálisis conceptuamos como "áreas de autonomía primaria" o "áreas libres de conflictos del ego". De la interacción de estos tres aspectos: mundo externo (madre, familia), impulsos instintivos (sexualidad, agresión) y áreas de autonomía primaria (percepción,

motilidad, memoria y umbrales) surgirá el individuo humano en el uso pleno de sus potencialidades y responsabilidades.

Queda fuera del ámbito de esta presentación valorar los efectos de las dos últimas variables y se centra en la relación entre el mundo externo (la familia) y el sujeto en desarrollo.

Como se señaló, en el principio del desarrollo el niño no es capaz de diferenciar entre experiencias agradables y desagradables, entre lo ocurrido en el interior y el exterior, ni entre el *self* y el objeto, se encuentra sumergido en una experiencia oceánica, sin límites, donde las tensiones que surgen de las necesidades impulsivas, o de las presiones provenientes del mundo externo se descargan a través de canales preformados (regulados por los umbrales) hacia el interior del cuerpo (descargas viscerales) o hacia el exterior (llanto, motilidad inespecífica). Durante este periodo el organismo se encuentra protegido por una barrera de estímulos primaria (BEP) que regula en forma automática la cantidad de impulsos y estímulos tolerados por el organismo en un momento dado. En este periodo no hay, una verdadera relación de objeto, ya que la falta de diferenciación y el sentimiento oceánico llevan al niño a un estado de omnipotencia absoluta, que se prolonga del estadio fetal donde todas las necesidades del organismo se satisficían, de manera automática a partir del cordón umbilical de la madre. Existe a partir de la ruptura, del nacimiento, un periodo "de gracia" donde el organismo ha de acostumbrarse, de acomodarse a las nuevas condiciones externas y proseguir su desarrollo. Este primer periodo que la mayoría de los autores llaman periodo autista normal, desaparece aproximadamente a las ocho semanas de vida, para dar lugar al inicio de la relación entre el niño y el primer actor de la situación familiar: la madre que empieza a jugar un rol fundamental en la adquisición de la naturaleza psicológica humana de su hijo, ya que va a proveerle de lo necesario para satisfacer sus necesidades fundamentales, no sólo del orden físico, sino sobre todo psicológicas. En pocas palabras la función de la madre es, en este periodo:

- a) proveer una barrera de estímulos secundaria;
- b) gratificar las necesidades impulsivas del niño y
- c) proporcionar la estimulación necesaria para la maduración de las estructuras de autonomía primaria.

En otro lenguaje, una buena maternidad, implica que la madre esté ahí, presente, para cuando sea necesaria para el desarrollo del niño. Se dice que el niño está intentando inventar el mundo, de acuerdo a sus necesidades internas, pero para que esto suceda, se requiere de que el mundo esté ahí, listo a ser inventado, y ese es el papel de la madre, tener la capacidad de empatía suficiente para entender cuál es la necesidad del niño y acatar sus

órdenes, convertirse en el vehículo de la invención y así satisfacer la necesidad de creación de su hijo.

No puede exagerarse la importancia de este periodo en la formación de la estructura psicológica del infante humano. El fenómeno de la diada madre-hijo es un hecho aceptado por todos los teóricos de la psicología y sus repercusiones en el planteamiento de una política de salud mental son evidentes. El infante humano en sus primeros meses es un ser que para el logro de su adaptación y desarrollo requiere de un apoyo constante y consistente de otro miembro de la especie, que al tratarlo como a un igual le prepara para serlo. De parte del infante están una serie de dones genéticamente garantizados para un ambiente probable, que se manifiestan como una serie de patrones conductuales que responden a la interacción con la madre y que, de alguna manera, guían a ésta para que satisfaga las necesidades del infante para su crecimiento. De parte de la madre está la disponibilidad para la maternidad, para repetir con su infante, en sentido psicológico, lo que ya ha realizado en un sentido biológico; por eso bien se puede hablar de dos embarazos, uno biológico y el otro psicológico, donde la madre ha de aportar el sustento y el sostén para que el proceso humano se desarrolle en toda su capacidad, y desde luego una falla en ese sostenimiento de parte de la madre ha de tener, por fuerza, repercusiones negativas en la formación de la estructura psicológica del infante humano. Así la madre ha de ser continente y el hijo contenido, la madre ha de proveer las constantes para que el hijo suministre las variables, la madre será el encuadre donde el hijo será el proceso. Y para que esto se dé, aparte de la disposición de la madre, ésta ha de tener las condiciones externas necesarias. Y aquí la familia como proceso adquiere un sentido fundamental. Dado que la madre tiene sus propias necesidades de gratificación instintiva, tanto eróticas como agresivas, la presencia de una pareja que permita la gratificación sexual y que sirva como receptor de las necesidades agresivas (sublimatorias en el caso del trabajo o directas en el caso de la frustración habitual) permitirán que estas necesidades no interfieran en la captación de las necesidades del hijo, y no le hagan víctima de su descarga. Una madre no satisfecha en forma adecuada, tenderá naturalmente a la búsqueda de lo que le hace falta y esto le alejará de la posibilidad de satisfacer las necesidades de su bebé o, en el peor de los casos, su gratificación se volverá inconsistente, ya que obedecerá a las condiciones que prevalezcan en ella y no al ritmo de las necesidades del infante. Esto redundará en una falla en la confianza básica del niño (sentirse aceptado y capaz) que a lo largo de su vida se ha de manifestar como desconfianza ante otros seres humanos, inconsistencia en sus lazos afectivos y alejamiento con resentimiento hacia los demás. Otra posibilidad es que la madre insatisfecha convierta a su hijo en el vehículo de descarga de sus necesidades, de forma

tal que en forma prematura le obligue a aceptar su voluntad como si fuera la suya (le cubrirá cuando ella tenga frío, lo alimentará cuando ella tenga hambre, le despertará cuando ella se sienta sola). Este tipo de conducta evidencia que la madre es a su vez víctima de una carencia semejante a la que ahora induce a su hijo. Por parte del hijo, el efecto que este tipo de madre tiene es desarrollar una conciencia temprana de que para sobrevivir hay que plegarse al deseo del otro hasta el punto de que con el paso del tiempo, su seguridad radicará en ser lo que el otro desea que sea, adoptar la voluntad del otro se convierte en un estilo de vida, que al final le deja vacío, carente de sentido y de iniciativa.

El hecho de que un sujeto quede detenido, en esta fase del desarrollo emocional, tendrá como consecuencia el que al intentar formar una familia, los patrones aprendidos tienden a repetirse, es decir, que en un caso la inseguridad ante la aceptación del otro y ante su sentimiento de incapacidad para manejar la realidad, no pueda llegar a formar una familia y se mantenga aislado, buscando refugio en un mundo inanimado, que le parece más controlable; otra posibilidad es que la familia se logre formar a condición de que se encuentre alguien como esa madre sobreintrusiva, que convirtió a su hijo en su objeto de deseo y que le dice cómo debe de actuar, pensar, sentir, y vivir. La estabilidad de la familia en este caso, se rompe fácilmente cuando la pareja que domina, por alguna razón, cambia en su rol y se vuelve igualitaria o peor, sumisa. En ese caso nuestro sujeto en sí se tiene que marchar a buscar otra madre dominante. Este periodo que se acaba de describir, tiene como característica principal, que no existe una organización cohesiva del *self*, cuando ésta se adquiere hemos llegado al siguiente escalón evolutivo, en el que si bien se diferencia el fenómeno interno del externo aún no se conocen los límites de hasta donde una experiencia, un deseo, un afecto corresponde al *self* y hasta donde corresponde al objeto. Demos un ejemplo: una persona desea ser admirada, busca entonces a un admirador. En la medida en que el admirador cumpla su función el admirado siente que lo ama; pero si el admirador no actúa exactamente como el admirado lo desea, el admirado sufre una decepción que le hace sentir que ya no lo ama más y por tanto debe abandonarlo; pero a veces este mismo sujeto desea lo contrario, es decir, admirar a su admirador, sentirse protegido del otro, y el otro ha de variar entonces su conducta para cumplir los requerimientos del primero. Y si no lo hace la desilusión y el desamor aparecen. Y el esquema familiar falla.

En el siguiente escalón del desarrollo, observamos que el niño ha alcanzado un estado de diferenciación óptima, que se caracteriza por la internalización de las relaciones de objeto. Esto quiere decir, que dentro del niño ya está una representación estable de sus objetos externos, así como una representación de sí mismo. El mundo intrapsíquico se ha establecido, y

las relaciones con la "realidad" van a ser matizadas por esta estructura, eso que llamamos personalidad, o carácter. Si bien vamos a ser capaces de diferenciar lo externo de lo interno y lo que nosotros somos de lo que los demás son, nuestra tendencia va a ser, en términos de nuestras relaciones y afectos a buscar en el exterior, modelos de comportamiento, de físico, de valores y expectativas que sean compatibles, sintónicos con los que internalizamos a partir de nuestras relaciones de objeto tempranas. De ahí que las relaciones familiares tienden a repetirse, o por lo menos tendían a repetirse generación tras generación, asegurando así los valores de la cultura. Pero parece evidente que esto no está ocurriendo ya más. Ya desde la década de los sesenta se habla de una brecha generacional, y ciertamente la destrucción de la familia tradicional aumenta en forma considerable. Se habla de que familias de un solo padre (generalmente madre) en Estados Unidos ya alcanza un 20% (una de cada cinco) y de que la familia se encuentra cada vez más en circunstancias de mayor psicopatología. Se señala que, en el tercer mundo una familia es descrita como una organización compuesta de un papá, una mamá, tres hijos y un antropólogo, y que una familia occidental se compone de un papá, una mamá, dos hijos y un psicólogo. Como van las cosas vamos a tener que añadirle... un abogado.

Parece haber un encadenamiento lógico entre los estilos de crianza, por una parte, y las instituciones sociales secundarias por el otro. La brecha generacional, como fenómeno psicosocial tiene su causa en la necesidad que hubo de cambiar los roles tradicionales, como consecuencia del conflicto armado de los años cuarenta y el subsecuente cambio social que ello produjo. En lo que a este trabajo respecta, el cambio de la mujer en su rol de madre-esposa-dependiente, al de trabajadora-madre, sola por mucho tiempo, competidora de los hombres y con una creciente conciencia de clase, necesariamente alteró el estilo de crianza de sus hijos, y el estilo de organización familiar. Estos cambios en la estructura familiar, no tienen, que ser por fuerza negativos, pero requiere de un proceso de elaboración y comprensión, durante el cual se producen con frecuencias sismos y cismas. Para el hombre cuya relación primaria de objeto no se alteró radicalmente, el comprender el cambio que ocurre en sus compañeras choca con sus expectativas que se ajustan a un rol de la mujer como una compañera dependiente, que en realidad es parte de él y no una entidad separada capaz por sí misma. Para el hijo varón, que de alguna manera encuentra un punto de unión con el padre, tiende a perpetuar los roles tradicionales, aun cuando intelectualmente comprenda las razones de las mujeres. El mayor grado de conflicto se da en las mujeres, que si bien son capaces de identificarse con sus madres en el rol sexual femenino, ya no lo logran hacer eficientemente en el rol materno y, en muchas ocasiones utilizan al padre como un objeto para identificarse en el rol de trabajo o profesión. Estas

nuevas mujeres, en proceso de transición, tienen múltiples conflictos, tanto en la aceptación de su propia imagen, como en grandes sentimientos de culpa ante sus hijos, a quienes alternativamente sobreprotegen o abandonan.

Para concluir, se puede intentar explicar estos cambios en la estructura familiar desde ángulos diversos, como se señalaba al principio. Lo que la psicología psicoanalítica tiene que aportar es lo que en forma breve hemos señalado. Los cambios en los estilos de crianza, en la presencia o ausencia de la madre en los primeros meses de la vida, su disponibilidad para asumir un papel de cuidado, protección y estimulación del bebé son críticos para que éste establezca un desarrollo psicológico sano y sea capaz, a su tiempo, de formar, en una organización familiar estable, a otros hijos sanos. De igual importancia es señalar que se requiere de un padre, que en los primeros estadios ayude a la madre, satisfaciendo sus necesidades psicológicas fundamentales, para que éstas no interfieran con las del bebé, y que posteriormente, en una relación más directa permita un equilibrio de fuerzas que proporcionen al hijo una opción entre a quien amar y a quien parecerse. Señalan algunos autores con gran sabiduría, que para que se pueda dar la internalización, se requieren de tres, y que romper la dependencia entre dos es muy difícil.

Ahora bien, en el estado actual de cosas, no sólo estamos carentes de padre, como lo señalan todos los estudiosos de la familia mexicana, sino que gradualmente estamos perdiendo madre, sobre todo en los ámbitos urbanos. En este sentido se debe reclamar el derecho a tener madre. Y en el caso de que las condiciones de la realidad económica y social no lo permitan, a tener la función maternal plenamente garantizada, científicamente planeada y profesionalmente impartida, si esto es posible.

El cómo estructurar esto, es una cuestión que excede nuestra capacidad como psicólogos y compete a un contexto interdisciplinario como en el que nos encontramos. Es tarea de los historiadores ayudarnos a encontrar y comprender nuestra organización familiar, y de los sociólogos explicar los fenómenos que nos han llevado a la crisis, y de abogados crear una legislación que tome en cuenta las necesidades psicológicas que garanticen un desarrollo óptimo del ser humano como tal y que preserven nuestras organizaciones primarias, como la familia, en beneficio de nuestra identidad nacional, nuestro progreso y nuestra paz social e individual.